

# Scholar@UPRM

## Ocho sonetos de amor

Item Type	Poem
Authors	Arango Argoty, Guillermo
Publisher	Centro de Publicaciones Académicas, Facultad de Artes y Ciencias, Universidad de Puerto Rico en Mayagüez
Download date	2026-03-05 10:44:09
Link to Item	<a href="https://hdl.handle.net/20.500.11801/3433">https://hdl.handle.net/20.500.11801/3433</a>

## OCHO SONETOS DE AMOR

*Guillermo Arango*

I

Tu piel a mis caricias siempre abierta,  
intemporal y pérfida guerrera,  
entrar en ti fue siempre primavera,  
cielo estrellado piedra que despierta.

El libido velaba tras la puerta  
con una luz de perfumada miera  
entrar en ti fue siempre una quimera:  
abismo insonde de una estrella abierta.

Vuelve otra vez a mí. Dame la mano,  
no te pierdas en el fervor mundano,  
prende tu luz de noche constelada

y acércate otra vez, sin disciplina,  
acunando tu cuerpo que germina  
sobre el carnal silencio de mi almohada.

II

De la naturaleza verdadera  
recibí tu contacto de infinito,  
la acústica perfecta de tu grito,  
tu primera balada lastimera

No hay nada en mí. Sólo hay tu enredadera  
que trepa y va quebrando mi granito,  
la libertad lasciva de tu rito,  
la versión primitiva de la fiera.

No hay nada en mí. En ti todo está hecho,  
en la pasión que sale de tu pecho,  
en tu selva, en tu mar, en tu mañana,

algo que de ti viene y sólo vuelve  
que arrolla por mi sangre y la revuelve  
en un dulce arrebató de campana.

### III

Bésame con tu beso más profundo,  
el que siempre he querido y no me has dado,  
ardiente, nuevo, triste, apasionado,  
y despertar en sueño en otro mundo.

Bésame con el beso más fecundo  
abriendo un paraíso ahora vedado,  
beso o pulpa, sosiego enamorado,  
para salir del pozo en que me hundo.

Con ese beso dame una caricia  
saciando este deseo de mi boca  
que mueve un corazón virgen y ciego.

Exprime, chupa, muerde. ¡Qué delicia  
sentir ese dolor que me provoca  
al saborear el gusto de tu fuego!

### IV

Me acostumbré a tu forma, ingenuamente,  
fui entrando en esa pátina sombría,  
y haciéndole a tu cuerpo compañía  
fui siguiendo tu paso complaciente.

Recorrimos la vida frente a frente ...  
La carne se hizo sombra y todavía  
con tu cuerpo hecho sombra, sombra mía,  
nos seguimos copiando eternamente.

Siempre juntos los dos, ninguno opuso  
sus frías condiciones al intruso  
que le sigue de cerca, paso a paso.

Nos amamos los dos: mi cuerpo inerte  
y tu cuerpo tenaz hasta la muerte,  
más allá de las sombras, sin fracaso.

V

Nada cambia tal vez. Sólo parece  
que es distinto el objeto cotidiano,  
más tal vez la que cambia es esta mano  
que al contacto fugaz ya se estremece.

Luna y sol y tu recuerdo.  
Parece que el tiempo pasa casi siempre en vano  
sin tocar la conciencia de lo humano  
que ni aumenta, ni acaba, ni decrece.

La misma luna. El mismo sol. Podría  
decir girando interminablemente  
si no fuera que tú estás en mi mente,

que te llevo en mi noche y en mi día  
como una dolorosa estratagema  
que brilla o que se apaga en el poema.

VI

Estoy en paz porque tu paz me llega:  
el cálido color de tu vestido,  
tu perfil consumado, sin olvido,  
tu cuerpo codicioso que se entrega.

Estoy en paz porque tu paz me llega,  
el monte que está quieto, sin sonido,  
el árbol con su pájaro prendido,  
el cielo en el reposo que despliega.

Esta es tu paz, la paz que he conquistado,  
el río siendo río enamorado,  
el mar siendo más mar, interminable.

Esta es tu paz, la paz que he conseguido,  
el árbol con el pájaro y el nido,  
y el cielo con su azul inalcanzable.

## VII

Ceñida a nuestro cielo va la luna  
y en sábana de plata se proclama  
sobre el ardiente insomnio de la cama  
meciendo sueños con vaivén de cuna.

Te me entregas completa, veraz. Una  
y mil veces tu intimidad reclama,  
y la voz que me diste y que me llama  
sólo tu nombre en éxtasis acuna.

Esta noche en tus ojos no hay ninguna  
humildad. La sangre prende la llama  
en el hechizo de la estancia bruna.

Y en el asombro que tu espacio clama,  
ungido por tu voz hacia la luna,  
el menguante en perfume se derrama.

## VIII

Llevo al verso la mágica constancia ...  
Las manos que se enlazan sin sentido,  
un beso, una caricia, el lecho hundido,  
la puerta que me acorta tu distancia.

Llevo al verso la lúcida sustancia ...  
El calor de tu cuerpo estremecido,  
el temblor de tu gozo y tu gemido,  
la luz amortiguada de la estancia.

Todo va para el verso. Todo estalla,  
todo acumula guerras y batalla:  
dos cuerpos figurando la tibieza.

Por eso pongo al cielo por testigo  
que viviendo tu afán, canto contigo,  
y cantándote a ti, a la belleza.